

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

LIBRADO CASERO VAQUERO

OBRAS:

Malpartida, un pueblo. Retrato literario de Malpartida de Corneja 1947-2015; Ea la nana (Poemas); Lo que nunca te conté (Novela); Cuatro lunas (Poemas)



ea ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DE BIENES CULTURALES DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

TAMAR GÓMEZ GONZÁLEZ

@Viridian_Chaos



Del sastre a la modista

LOS SASTRES

No podían faltar en el pueblo lo oficio de sastre ni el de modista.

Como la producción del sastre, en cuanto a la variedad de vestimenta que confeccionaba, era mucho más escasa que la de modista, empezaré por él.

El sastre básicamente confeccionaba trajes, chaquetas, pantalones sueltos, justillos y chalecos. Esta era toda la variedad.

En mi pueblo había dos sastres, hermanos, que, instalados en su sala-cuarto-taller, con sendas máquinas de coser y rodeados de carretes, bobinas, ovillos, tijeras, jaboncillo, dedales... elaboraban la ropa de la mayoría de los hombres y niños.

Hubo un tercer sastre, Magencio, y en consecuencia una segunda sastrería. Magencio estudió un año en Barcelona y otro en Madrid y se sacó el título de Maestro Cortador. Era más joven y se le consideraba como de ideas más modernas e innovadoras. Después se fue a Piedrahíta y años más tarde, siguiendo otros derroteros, se trasladó a Ávila.

El trabajo empezaba con la toma de medidas: el sastre cogiendo su metro, que tenía colgado del cuello, te medía el brazo por fuera, desde el hombro a la muñeca y por dentro, desde la axila también a la muñeca, y en ambos casos con el codo doblado en ángulo de 90º para que así, con la chaqueta ya terminada, la manga no quedase corta a la hora de doblar el brazo. Después medía el pecho a nivel de las tetillas y en inspiración; con parecida finalidad: que la chaqueta no quedase estrecha en momentos como cantar, respirar hondo, henchir el pecho por la razón que fuera.

Después tomaba medidas para el pantalón: desde la cadera al talón, desde la cintura hasta la parte inferior de la bragueta, esto era el tiro del pantalón y era muy importante para que las partes nobles no se sintieran muy aprisionadas. Decían que la bragueta era la parte más difícil de hacer de un pantalón. También medía la circunferencia de la pierna para darle el ancho adecuado a la pata del pantalón.

Por último, con delicadeza, te metía la mano entre las piernas para medir desde la parte inferior de la bragueta hasta por debajo del tobillo interno para darle el largo adecuado.

Todas estas medidas las apuntaba con un lápiz en su libreta o en el trozo de papel que tuviera más a mano y se ponía manos a la obra.

Las medidas las trasladaba a la tela o paño, de lana, de lanilla o de pana (en la mayoría de los casos), que el cliente había previamente elegido.

Los trajes o pantalones y cha-

quetas que más confeccionaba eran los de la sufrida, aislante e isotérmica pana. La pana, tejido de algodón, igual servía para invierno que para verano. Se decía que lo mismo que protegía del frío protegía del calor. Y así no era raro ver en las eras, en la época de trilla, a muchos labradores con su chaqueta negra de pana puesta.

La pana podía ser de canutillo ancho, el más frecuente, o estrecho, éste más bien usado para ir un poquito más arreglado.

Tomemos el hilo nuevamente: marcaba con las aristas de un jaboncillo plano las medidas en la tela y cortaba siguiendo las marcas blancas que había dejado el jaboncillo. De esta manera obtenía los patrones. Ahora tocaba hilvanarlos, sobre hilar los bordes de cada pieza de los patrones para que no se deshilaran, poner el relleno con guata en la pechera y las solapas de la chaqueta, hacer los ojales de la chaqueta, los falsos ojales de las mangas de la chaqueta, los ojales de la bragueta de los pantalones, aún no se usaban las hoy generalizadas cremalleras. ¡Ay!, las cremalleras. Más de un disgusto han dado alguna vez al pillar la piel de tan delicado miembro.

Me hacían mucha gracia los hilvanados con que cosían el relleno de las solapas o pecheras de las chaquetas y que luego quedaban totalmente ocultos al ponerles el forro.

Las perneras de los pantalones podían ser con vuelta (cartuchera) o sin vuelta. Allí, por los años 60, eran más frecuentes con vuelta.

Cuando ya tenía todo hilvanado te avisaba para probarlo y ver si tenía que hacer alguna modificación: acortar, alargar, sacar, meter... Finalizada la prueba ya sólo quedaba coser las costuras, normalmente a máquina, a la que previamente se le había puesto la canilla. Siguiendo la línea que marcaban los hilvanados y, una vez cosido todo, se retiraban éstos. Hay que decir que el hilo de hilvanar era de peor calidad y mucho menos resistente que el de coser. Por último, se cosía el forro de la chaqueta.

Terminado todo ello, un golpe de plancha y listo... traje nuevo. Este solía estrenarse en fiestas o días de acontecimientos señalados. Después pasaría a ser un traje de diario. Y, como trajes de más vestir, estaban los de paño, habitualmente de lana o de lanilla.

Con la fabricación de la ropa en serie y la partida de muchos de los sastres y modistas, estas profesiones han quedado prácticamente reducidas a la alta costura y asequible a las clases de alta economía.

Da un poco de pena. Pero qué le vamos a hacer: *c'est la vie*.

HABLEMOS DE MODISTAS

También había en mi pueblo una modista, soltera, y dos de sus hermanas, también solteras, que por extensión y por años de compartir juntas, habían aprendido el oficio.

A diferencia de los sastres, las modistas no sólo se dedicaban a confeccionar ropa sino que también se dedicaban a enseñar a chicas del pueblo. A esto se le llamaba aprender el corte o bien aprender corte y confección. Muchas de las chicas, que por la razón que fuera, no continuaban estudios, aprendían el corte.

De esta manera, doña Benjamina, con sus hermanas Primitiva y Josefa (las Sergias) y las alumnas, parecían una gallina con sus polluelos.

Las tres eran menudas, delgadas; sobre todo Josefa y Primitiva. Benjamina vestía hábito de santa Teresa con su correa estrecha negra y con las puntas colgando. Algunas llevaban el hábito de por vida y otras durante un tiempo más limitado, y solía ser la consecuencia de una promesa. El hábito no era un hábito al uso, como el que vestían las monjas, hasta los pies; era un vestido sobrio, un poco plisado y del color pertinente a la orden. Josefa vestía también hábito, pero era de Jesús Nazareno, morado, por tanto, con su cordón color oro a la cintura y con las puntas también colgando. El color morado, con la tez tan blanca que tenía, le daba un aspecto elegante y distinguido. Y aunque Primitiva no usaba hábito, sus colores eran el gris o el negro.

Y entre risas y chistes y cantos y chanzas, aprendían, cosían, hilvanaban, zurcían, cortaban, hacían ojales, budoques, presillas, trabillas... En definitiva, vivían, crecían, se hacían mujeres.

El curso, si es que lo pudiéramos llamar así, podía empezar más o menos de esta manera:

—Hijas mías, venís aquí a aprender un oficio, una profesión, para que el día de mañana podáis ser unas buenas amas de casa y unas mujeres de provecho. Supongo que ya todas traéis en vuestro cesto de costura metro, tijeras, dedal, hilo de hilvanar, hilo de coser, madejas de bordar, agujas, alfilerero, papel de calco, papel de seda, jaboncillo...

—Sí, doña Benjamina—respondían todas al unísono.

—Pues bien, hijitas, para ser modista hay que ser muy aplicada y ordenada y limpia y cuidadosa.

—Sí, doña Benjamina.

—Os voy a repartir un trozo de tela y vamos a empezar a hacer un sobrehilado, para que la tela no se deshila, después un dobladillo, un repulgo, un ojal y un hilván.

—doña Benjamina, ¿llevo bien este sobrehilado?

—Mira, Catalina, no está mal, pero la puntada no tiene que ir perpendicular, ha de ir oblicua, y si en lugar de una sola puntada das doble puntada, en forma de aspa de molino y tocándose unas aspas con las siguientes, el sobrehilado queda mucho mejor y más seguro.

De esta manera, entre hilvanados, sobrehilados y dobladillos iba trascurriendo la primera mañana.

Al día siguiente doña Benjamina les mostró unos patrones en papel de seda de una blusa, a escala reducida, como si fuera para un niño, con el fin de gastar menos papel. Con estos patrones, cada chica, colocándolos encima de su papel de seda, tenía que fabricar sus propios patrones. Mientras cada una iba copiando los patrones, las demás miraban.

De pronto Alejandra, una chica lozana, simpática y pizpireta, con su voz no muy afinada entona la canción:

Arroyo claro, (y las demás se unen a coro)

*fuentes serenas,
quién me lavó el pañuelo,
saber quisiera.*

Cuando todas tuvieron sus patrones había que componer la blusa: hilvanar las piezas, hacer las bastas, dos pinzas oblicuas una a cada lado de la pechera, pegar los puños, el cuello...

Después de la blusa vinieron: una falda, un vestido, un pantalón, una chaqueta, un chaquetón, un abrigo y un vestido de talle bajo cuyo corte hasta por debajo de la cintura era más o menos recto o ajustado al cuerpo y el corte que correspondiera a la cintura estaría casi un palmo más debajo de ella. De ahí lo de vestido de talle bajo. Del talle para abajo el vestido solía tener tabillitas o frunces, dándole así al vestido más vuelo y más aires.

También tocaba hacer un vestido con la tela cortada al bias, una falda de nesgas que tan salerosas quedaban, un vestido modelo saco y con escote barco y una falda de tubo para realzar las formas y estar más sexy.

Luego venían los adornos como ojales o falsos ojales, presillas, trabillas, el festón para los rebordes de las chaquetas o de los bajos del vestido, de los bolsillos o falsos bolsillos, las carteras, los apliques de canamazo con flores u otros motivos bordados o los botones forrados con la misma tela del vestido o la chaqueta.

Así, de esta manera, aprendían a ser modistas.

Dominado el mundo de confeccionar con patrones calcados venía el traslado a la realidad de los distintos tejidos.

Había que empezar por tomar



las medidas de la pieza a realizar y con ellas hacer los patrones. Obviamente se empezaba por las piezas más sencillas: un vestido saco, una falda de tubo. Con los patrones hechos, se ponían sobre la tela elegida y venía la delicada operación de cortar. El éxito de la obra dependía en gran manera de unas buenas medidas, unos buenos patrones y un buen corte.

No era menos importante elegir el tipo de tejido según la pieza que se quería hacer y la época del año en la que quisiéramos ponérmola. Así se podía elegir entre: lana, lanilla para abrigos o chaquetones o trajes de chaqueta, lino o algodón más frescos para el verano, piqué,

organza, organdí, batista, seda, tul para trajes de novia o de primera comunión u otras ocasiones o fiestas de postín.

En una ocasión doña Benjamina quiso tomar como modelo a una de las alumnas. La suerte recayó en Brigidita, la más parlanchina y atrevida.

—A ver, Brigidita— dijo doña Benjamina— quítate el vestido que te tomaremos medidas.

De pronto la traviesa y atrevida Brigidita se puso de todos los colores: primero roja, luego blanca, no acertaba a articular palabra.

—Hummm...es...que...

—No te dé vergüenza, hijita, que aquí somos todas mujeres. Venga, yo te ayudo.

Y doña Benjamina le ayudó a quitarse el vestido. Brigidita, muerta de vergüenza, no sabía qué decir. De pronto todas las demás vieron en la enagua de Brigidita tres manchas como tres rosas rojas y Brigidita, apenas entre dientes, logró decir:

—Es que... esta noche... me he puesto femenina, y con las prisas de no llegar tarde, no me ha dado tiempo a cambiarme.

—No te preocupes, hijita, eso, alguna vez nos ha ocurrido a todas.

Pasado el asombro, estallaron las risas y los aplausos y las bromas y Petrita, para quitar hierro al asunto, entonó la canción:

Cómo quieres que te dé lo que no te puedo dar, (a lo que

todas se unieron)
el cordón de mi corpiño, mi niño que no me puedo cortar.

*Ay, sol y luna,
ay, luna y cielo,
dónde estuviste anoche que mis ojos no te vieron.*

*Ay, ay, ay
no te vayas vida mía.*

*Ay, ay, ay
yo sin tí no sé qué haría,
tran lala ra, tran lala ra,
yo sin tí no sé qué haría.*

Tomaron las medidas a Brigidita y con ellas hicieron un vestido de pliqué precioso, con bodeques dibujando margaritas. Cuando el vestido estuvo terminado, decidieron regalárselo a Brigidita.

De esta manera, tras dos o tres años de ir al corte, las chicas estaban en condiciones de hacerse su propia ropa; si no toda, parte, y la de alguno más de la familia. Y también, por supuesto, estaban en condiciones de hacer arreglos: acortar, ensanchar, meter, sacar, darle la vuelta a un abrigo... Era una forma de autoabastecerse. Eso no quiere decir que no se comprara también algo de ropa, pero era más en contadas ocasiones. Aún no habían llegado la «pronto moda» o el *prêt-à-porter*, ni los centros comerciales, ni las cadenas de tiendas, ni las ropas de marca.

¡Eran otros tiempos! ¡Qué le vamos a hacer!



COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

MARIBEL CID MIRANDA

OBRAS:

Autora de cuentos, artículos de opinión y relatos en diversos medios de comunicación.
 - Trilogía Lar (relatos de realismo mágico).
 - Relatos en libros colaborativos de la asociación La Sombra del Ciprés y en el libro solidario *Relatos abulenses contra el cáncer infantil*.



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DE BIENES CULTURALES DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

TAMAR GÓMEZ GONZÁLEZ

@XViridian_Chaos



Mamá Lola

Alguien había traído a la cena de Nochebuena un equipo de música. Por los altavoces sonaba la música alegre del *Burrito sabanero*, un alegre villancico venezolano. Pierre y Valentina no dejaban de mirarse a los ojos mientras ayudaban a los demás a poner la mesa. Lola llegó en ese momento con una bandeja de aperitivos de hojaldre que olían a gloria. Todos la recibieron con gran alegría. Ella, feliz, pensaba en cómo había cambiado todo en su vida.

El día que le ingresaron en la cuenta del banco su primer sueldo como jubilada amaneció muy gris. Se iniciaba una nueva etapa que aún no sabía cómo enfocar. Había trabajado como funcionaria toda la vida desde que aprobó las oposiciones con muy buena nota, treinta años atrás. Tomaba su café descafeinado con leche mientras miraba las abigarradas y plomizas nubes que cubrían el cielo abulense: igual que su estado de ánimo. Los padres de Lola habían fallecido unos meses antes y eran las primeras navidades sin ellos. Su tía Angelita había insistido en que fuese con ellos al pueblo.

- Hija, no pases estas fiestas sola... -le pedía una y otra vez cuando hablaban por teléfono.

Pero Lola no tenía ganas de pasar aquellos días tan señalados en medio de la barahúnda familiar que conocía muy bien. Cuando terminó el café, se vistió y tomando el bolso y el carro de la compra se dispuso a salir a la calle. Caminaba por el Paseo de San Roque en dirección al supermercado cuando se encontró con una vecina del bloque donde habían vivido sus padres y se pusieron a charlar un rato. Mientras hablaba con ella, Lola observó que entre los setos del jardín que había junto a ellas caminaba una preciosa gata Carey, de unos seis meses de edad, flaca como un palo de escoba y con ocho visibles tetillas colgando de su flácida tripa que hacían adivinar la presencia cercana de unos cuantos cachorros. La gata la miró fijamente y luego se fue. Lola entendió que le estaba pidiendo ayuda. Esa misma noche, cuando todos los comercios habían cerrado, acudió al mismo lugar cargada con un saco de pienso para gatos, unos recipientes desechables y una botella de agua. Mientras colocaba todo, apareció la gatita. Lola se apartó un poco. La michina miró la comida y el agua. Lola le indicó, con la mirada y un leve gesto de su mano, que comiera. La gatita, confiada, comenzó a comer. Unos metros más atrás, un hombre joven observaba la escena en silencio. Noviembre transcurría con rapidez. Lola iba todas las noches a llevar comida y agua. Se hicieron grandes amigos.

- Te llamaré Katy -dijo Lola mientras la acariciaba en una de aquellas ocasiones.

Lola observaba que Katy iba cogiendo más peso, su pelo comenzaba a estar sano y brillante y se acercaba feliz a pedir mimos mientras ronroneaba. Una de aquellas noches llegó un poco más pronto de lo habitual. Se asustó al ver que, de repente, de entre los setos donde ella ponía la comida

y el agua, salía corriendo un joven vestido pobremente. Se quedó parada sin saber qué hacer. Durante unos segundos, sus miradas se cruzaron. Después de atender a Katy, se fue a casa pensativa. Por alguna razón que desconocía, no había sentido miedo. Al día siguiente, llegó más temprano. Se resguardó del frío en un portal cercano y esperó pacientemente. No tardó mucho en aparecer el joven de la noche anterior. Se metió entre los setos y agachado se puso a comer un poco del pienso y beber un poco del agua. A Lola se le cayó el alma a los pies al ver aquello. Se acercó despacio, sin hacer ruido.

- Hola -saludó con suavidad.

Él se giró hacia ella, mirándola asustado.

- Mi nombre es Lola. ¿Cómo te llamas?

- Pierre -respondió él, tímidamente.

- ¿Me ayudas a colocar el pienso y el agua para Katy?

Pierre asintió en silencio. Cuando todo estuvo colocado, ambos pudieron ver cómo se acercaba la gatita. Katy, inteligente e intuitiva, en vez de dirigirse a la comida se acercó a Pierre y, ronroneando, se frotó contra sus pantalones al tiempo que emitía pequeños maullidos.

- Te está saludando. Le has caído bien -dijo Lola sonriendo.

Pierre se arrodilló y estuvo un buen rato acariciando a Katy. Esta le correspondía con pequeños mordisquitos, juegos y ronroneos. Pierre comenzó a llorar. Katy le dejó espacio y se dedicó a su cena de todas las noches. Lola le acompañaba en silencio.

- No sé cuál es tu historia, Pierre. Pero necesitas ayuda. Acompáñame -le dijo al cabo de un rato, con ternura y firmeza.

Pierre, obediente, la siguió mientras continuaba llorando en silencio. Caminaron por la ciudad hasta llegar a las instalaciones de Cruz Roja. Allí le permitieron ducharse, le dieron ropa limpia y un bocadillo. Luego gestionaron todo lo necesario para que pudiera dormir en el refugio.

- Pierre, ya es tarde y estoy cansada. Mañana desayunamos juntos. ¿Te parece bien?

- Sí -musitó él visiblemente emocionado.

En aquel primer desayuno, Pierre le habló de su amada Venezuela. Vivía con su familia en una población cercana a Caracas. Pero un problema con un poderoso vecino le obligó a marchar del país. Le habló a Lola de su infancia y de los juegos con sus hermanos, del primer amor que allí se quedó,

de cómo hizo un largo viaje que le llevó de Caracas a Holanda y de allí a Barcelona. Al llegar a España, estuvo dando tumbos por medio país sin conseguir levantar cabeza. Llegó a Ávila sin dinero, sin trabajo y con el ánimo destrozado. Lola consiguió que comenzase a trabajar de mozo de almacén. Pierre, por primera vez en mucho tiempo, se sintió útil y feliz. También acompañaba a Lola a dar de comer a Katy siempre que el trabajo se lo permitía. En el refugio, Pierre dio a conocer sus habilidades culinarias. En la cena de Nochebuena preparó, de postre, una deliciosa *Torta Negra*. Lola, que también estaba allí, se dio cuenta del gran potencial que tenía Pierre. El dueño del almacén tenía un restaurante. Lola consiguió que trasladaran a Pierre como pinche y friegaplatos. Este aceptó encantado. Pasaron los días y llegó la Nochevieja. En el restaurante dieron permiso a todos para que fuesen a tomar las uvas con sus familias. A la una de la madrugada, Pierre estaba muy preocupado: Lola había quedado en ir al refugio a tomar las uvas con todos y no había aparecido. Sin perder tiempo, se acercó a su casa. Estuvo llamando un buen rato sin que nadie abriese la puerta. Fue entonces cuando la vecina de al lado, en camión y con cara de sueño, abrió la puerta.

- ¿Se puede saber qué está haciendo usted?

- Lola, mi amiga, no abre la puerta. Estoy preocupado.

La vecina se espabiló al instante.

- Espere. Yo tengo las llaves de su casa. Entró y, a los pocos minutos, volvió a salir con un juego de llaves en la mano. La encontraron tendida en el suelo, sin conocimiento. Lola estuvo unos cuantos días en el hospital. Pierre cuidaba de que a Katy no le faltase pienso y agua y visitaba a Lola todos los días.

- Sabes, Pierre, tengo una idea -le dijo en una de aquellas visitas.

- Te escucho.

- ¿Qué te parece si nos asociamos y ponemos un restaurante con los platos de tu país?

- Es una idea preciosa, pero yo no tengo dinero -replicó Pierre con tristeza.

- Yo pondré el dinero. Pero tú tienes que entrar en la Escuela de Hostelería y prepararte. Yo te pagaré los estudios.

- Pero...

- ¡Ni peros ni manzanas! Es mi deseo -dijo Lola con seriedad y firmeza.

- Está bien. Acepto. Pero me tienes que prometer que te vas a cuidar mucho.

- Prometido -repuso ella sonriendo.

Lola se recuperó. Pierre estudió con ahínco, localizó el lugar donde estaban los cachorros de la gatita consiguiendo casa para todos. Y Katy fue adoptada por Lola. Las Navidades del siguiente año fueron muy especiales. Pierre conoció en el refugio a una chica recién llegada de Cuba. Nada más mirarse supieron que eran el uno para el otro. Valentina era una mujer alegre y trabajadora y enseguida hizo buenas migas con Lola. Pierre hizo una *Torta Negra* tan especial que le valió los aplausos de todos los habitantes del refugio y un beso de Valentina. En los primeros días del año nuevo, Lola encontró un local muy agradable con un precio de alquiler moderado en la zona

El día que le ingresaron en la cuenta del banco su primer sueldo como jubilada amaneció muy gris. Se iniciaba una nueva etapa que aún no sabía cómo enfocar



sur de Ávila. Allí se fundó 'MAMÁ LOLA'. Fue una idea de Pierre en honor a la mujer que ya consideraba su segunda madre. El restaurante disponía en su carta de platos españoles, cubanos y venezolanos. Esto sumado a las habilidades culinarias de Pierre

y el trato esmerado de Valentina hizo que su fama corriera por toda la ciudad. Cuando llegó el siguiente otoño ambos jóvenes decidieron casarse.

La cena no terminó muy tarde. En el refugio continuaron la fiesta. Pierre y Valen-

tina acompañaron a Lola a casa. Katy la recibió con gran alegría y maulló de placer al oler los langostinos. Después Lola se sentó en el sofá del salón, se puso una copita de cava y sintonizó una emisora de radio de música clásica. Mientras acariciaba a Katy,

que dormía en su regazo, pensaba en las bendiciones que le había traído la vida. Afuera de la casa, en la ciudad amurallada, el frío y el hielo se paseaban por todos los rincones. Las estrellas, sin embargo, sonreían contentas.

Peajes 2023



De acuerdo con la Orden Ministerial pertinente, a partir de las 00.00 horas del día 1 de enero de 2023, entrarán en vigor los peajes correspondientes a las autopistas AP-6 Vallalba - Adanero, AP-51 Villacastín - Ávila y AP-61 San Rafael - Segovia.

Los clientes que lo deseen pueden consultar los peajes en:
Centro de Atención al Cliente (24 h) 902 200 320 (934 927 827)
y en www.autopistas.com

